

EDITORIAL

UNIDAD Y CAPACITACION PARA MEJOR SERVIR

Colombia atraviesa una compleja situación. Como nunca, su sistema de vida -libre y ordenado- está siendo puesto a prueba. La subversión, el narcotráfico, la misma delincuencia ocasional, junto con problemas de orden económico, político y cultural concurren para esbozar un panorama difícil. Sin embargo en lo hondo, se vislumbra un futuro promisorio. Todos debemos afrontar este desafío y no caer en un pesimismo suicida. El desarrollo de las empresas, la seguridad social, etc., en ascenso permanente, son un testimonio irrefutable contra toda actitud negativa. El riesgo de perder la unidad nacional y la fe en las instituciones que nos han regido durante más de un siglo, no puede correrse. Son unas instituciones que han mostrado gran bondad y eficacia. De ahí que, en el conjunto de las naciones latinoamericanas, vamos apareciendo -con vigor ejemplar- como una democracia sólida, mucho más madura y estable de lo que podría pensarse. Las amenazas, no importa repetirlo, son ingentes, pero las reservas espirituales de la Patria son aún mayores. Cada habitante del país debe hacer un alto en su diario trabajo, decidirse a tener confianza en dichas instituciones, buscando que funcionen con honestidad y querencia de servicio común. Y en su desempeño ocupacional, compor-

tarse con abnegación y pulcritud, desde el humilde obrero, hasta el ejecutivo que ejerce cargos directivos en la Nación.

Elevar propuestas y denunciar situaciones no lleva a una solución completa. Se requiere algo muy sencillo pero comprometedor: cumplir con el deber, nada más pero tampoco nada menos. Y esto, más aún, en el caso de los militares. En efecto: tenemos que seguir comprometiéndonos y entregándonos sin cálculos ni pretensiones, a este noble trabajo de proteger -con las armas y dentro de la Ley- la vida, honra y bienes, de nuestros compatriotas libres. De otra manera, esta formidable máquina de seguridad, dejará de funcionar. ¡Cuántas naciones sometidas hasta hace muy poco a dictaduras de extrema izquierda o de extrema derecha, se afanan por constituir una vida colectiva, tranquila y libre! Frente a ellas, nosotros gozamos de una continuidad en nuestra democracia, tenemos una tradición al respecto que puede prolongarse hacia el porvenir. Con sacrificio, con esfuerzos duros, pasando horas en ocasiones aciagas, se impone fortalecer nuestra credibilidad en estas formas de existencia jurídica, cuya grandeza y vitalidad están a la vista. En nuestro caso, los miembros de las Fuerzas Militares debemos proseguir con el criterio que ha sido básico a través de los años: ver en cada jefe a alguien que por su esfuerzo y abnegación, llegó hasta allí. Estos méritos nos obligan a creer en ellos. Es un acto de noble reconocimiento y gratitud. Realmente son los mejores, desde el Comandante Supremo -que es el Presidente de la República- hasta el cabo segundo que comanda una escuadra. Dentro de estas perspectivas, las Fuerzas Militares ocupan un lugar decisivo ya que son las encargadas -con las armas y dentro de la Ley- de proteger la democracia. Se trata de una tarea que tiene, hoy, consecuencias enormes en todo el país. Por ello es conveniente cuidar al máximo nuestra conducta, estar a la altura del momento histórico que nos ha tocado vivir. Con gran celo hay que velar para que la Constitución siga incólume con un firme punto de referencia: el acatamiento a la Ley. Recordemos que Montsquieu -padre de la moderna teoría democrática

de los tres poderes del estado- creía que el mayor irrespeto a la dignidad humana, era el incumplimiento a la Ley. El ejemplo de esto, debe partir de quienes tenemos autoridad, fundada en esa Ley. De lo anterior, se derivan dos consecuencias: la unidad de las tres Fuerzas y la riqueza de las características de cada una.

Respecto a la primera, hay que tener presente que las Fuerzas Militares de Colombia actúan siempre en forma monolítica. Este comportamiento ha permitido que sean vistas como una defensa tranquila y poderosa por parte del hombre de la calle, por parte del hombre común que labora silenciosamente y que -de ese modo- va también haciendo patria. Este ciudadano honesto es, en últimas, el objeto de nuestras preocupaciones militares. De ahí que hay que tratarlo con solicitud, oyendo sus dificultades, buscando que tenga un ambiente de paz y concordia donde los odios, las venganzas, los rencores y el miedo no existan. Para lograr lo anterior, desde este año, se han incrementado los Cursos de Instrucción y Entrenamiento que empezaron antes en el Ejército y, que ahora, se extienden a la Armada Nacional y a la Fuerza Aérea Colombiana. Dichos Cursos traen consigo resultados trascendentales: hacen más fuerte la unión entre las Fuerzas Militares al poner en ejecución -en el campo de combate- todo lo aprendido en ellos ya que, en toda guerra hay confrontaciones cuyos resultados dejan valiosas enseñanzas. Cuando nuestras tropas son emboscadas, cuando tenemos bajas inesperadas, debemos preguntarnos qué ha fallado: ¿la inteligencia militar? ¿la planeación táctica? ¿la mística en nuestros hombres? ¿el entrenamiento? ¿la preparación, la conducción y el don de mando de los comandantes? Todas éstas son preguntas cuyas respuestas nos dejan lecciones útiles. También las victorias deben ser acicate para perfeccionar nuestras operaciones. No cabe la menor duda que el éxito es proporcional al entrenamiento, y que manda con más autoridad y eficiencia quien, además de las experiencias, posee conocimientos apropiados. Por eso, en suma, debemos seguir aprendiendo para superar las dificultades del momento.

Respecto a la segunda consecuencia -o sea la valiosa diversidad que existe entre las tres Fuerzas Militares- no puede caerse en el error de verla, como opuesta a la unidad radical que las fundamenta: el amor a la Patria y la obediencia al mandato legal. Es este un hecho que lo estamos constatando en las acciones de guerra contra los enemigos de la República. Heroicamente nuestros hombres luchan, caen en combate y vencen al enemigo, para gloria de la Historia Nacional. Son muchos los años transcurridos en esta contienda, en donde se ha visto la participación efectiva de todos los comandantes que han ido articulando una honrosa tradición guerrera.

Tenemos que proponernos, en estrecho vínculo, dar nuestro aporte permanente a la democracia. Lo piden nuestros hijos, nuestros progenitores, los millones de habitantes de esta tierra sagrada, y no vamos a defraudarlos.

General NELSON MEJIA HENAO
Comandante General de las Fuerzas Militares

**DECRETO DE NOMBRAMIENTO
COMO "PRELADO DE HONOR" DEL
PRESBITERO ARIEL GUTIERREZ
MARULANDA**

Juan Pablo II Pontífice Máximo
Al dilecto hijo,
Ariel Gutiérrez Marulanda,
Salud y Bendición Apostólica

Habiendo recibido la solicitud para que de manera especial hagamos público testimonio de nuestra benevolencia para contigo, la acogemos de buen